

INTRODUCCIÓN

Cuando la Reforma de Córdoba cumplió cuarenta años, la Federación Universitaria de Buenos Aires publicó una antología de documentos y ensayos relacionados con el proceso reformista, cuyo propósito era permitir a las nuevas generaciones informarse y reflexionar sobre el significado del Movimiento iniciado por los estudiantes en 1918. La justificación que entonces adujo la Federación para editar su compilación es la misma que ahora nos mueve a publicar este breve estudio sobre la más fecunda aventura emprendida por los estudiantes latinoamericanos: “La Reforma Universitaria ha alcanzado categoría histórica. Sus propios detractores lo reconocen, y en ese concepto, suelen respetarla”.

Y es que, efectivamente, el proceso de Reforma Universitaria que se inició con el Grito de Córdoba representa la contribución más original de América Latina al diseño de un esquema universitario propio. Fue un fenómeno complejo, producto de múltiples circunstancias socioeconómicas y políticas, que rebasó los aspectos puramente universitarios. Sin embargo, de él emergió la Universidad Nacional Latinoamericana con las características que aún hoy día definen su perfil particular. Desde entonces, según Darcy Ribeiro, constituye “la principal fuerza renovadora de nuestras Universidades”.

Córdoba es así un hito en la historia de la Universidad latinoamericana: “la Universidad, después de 1918, no fue lo que ha de ser, pero dejó de ser lo que venía siendo –nos dice Germán Arciniegas–, 1918 fue un paso inicial, la condición para que se cumpliera el destino de la Universidad en América como Universidad”.

De lo dicho se desprende la importancia que tiene el análisis de este Movimiento para una mejor comprensión de la problemática universitaria latinoamericana actual. A más de sesenta años del estallido de Córdoba, varios de sus postulados siguen vigentes, aunque quizá con nuevos contenidos y significación: la autonomía universitaria, la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad, la misión social que a ésta le incumbe cumplir, etc. Otros, en cambio, han sido superados con el decurso de los años. En conjunto, sin embargo, el legado de Córdoba sigue encarnando los ideales más generosos en torno a la Universidad latinoamericana. De ahí que sea válido afirmar que con ella entroncan los procesos que en nuestros días persiguen la reestructuración de nuestras Universidades.

Si bien la Reforma Universitaria no logró la transformación de nuestras Universidades en el grado que las circunstancias exigían, dio pasos positivos en esa dirección. Su acción se centró principalmente en los aspectos organizativos del gobierno universitario, como garantía de la democratización que se buscaba. En cambio, fue menos efectiva en cuanto a la reestructuración académica, que siguió respondiendo al patrón napoleónico profesionalista. Pero, en una perspectiva histórica, Córdoba es el punto de arranque del proceso en marcha de la reforma que tanto necesitan nuestras Universidades, proceso que debe conducirnos al diseño de un modelo más ajustado a nuestras necesidades, a nuestros valores y a nuestras genuinas aspiraciones.

En este sentido, Córdoba sigue señalando el rumbo: robustecer nuestra propia identidad para confeccionar respuestas adecuadas a las problemáticas, extrayendo de este Movimiento lo que tuvo de auténtico. De este modo, inspirados por su misma vocación americanista, podremos hacer frente al claro dilema que hoy enfrentamos los universitarios latinoamericanos: estructurar una

Universidad que acentúe nuestra dependencia o asumir resueltamente el compromiso de diseñar bien los objetivos que son ahora necesariamente distintos. Sus principios más lúcidos informan el contenido de la “Carta de las Universidades Latinoamericanas”, expresión del ideario que sustenta la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL).

El Grito de Córdoba, que se instaló en la garganta de los jóvenes latinoamericanos resonando por todo el Continente, fue la rebelión contra los últimos resabios coloniales enquistados en nuestras Universidades. La reforma fue también el primer cotejo entre la sociedad y la universidad: con ella se inició el proceso de democratización de nuestras Universidades, aún no concluido; contribuyó a crear una nueva conciencia universitaria y social; trató de volcar la Universidad hacia el pueblo y de dar un sentido distinto a su quehacer en esta parte del mundo. La inspiró una indiscutible aspiración de originalidad, afirmándose en los valores propios de América Latina y, desde su postura profundamente americanista, denunció el imperialismo y las dictaduras criollas. Se trata de una Universidad liberadora, que el cambio de América Latina demanda de nuestra imaginación, de nuestra creatividad y de nuestro patriotismo.

Córdoba –nos dice Bourricaud– permitió a los intelectuales latinoamericanos “la oportunidad de afirmar su originalidad creadora y, al mismo tiempo, forjar la unidad espiritual de sus pueblos y de su Continente”. Si este fuera el único aporte de Córdoba, sería suficiente para que lo consideremos uno de los grandes acontecimientos en el devenir universitario e intelectual de América Latina. Por eso, los actuales esfuerzos de reforma remiten, de una u otra forma, a Córdoba, pues la tarea de edificar la Universidad crítica, de perfil reconstructor, autónoma y pluralista que América Latina necesita para emprender sobre bases científicas sólidas su profunda transformación revolucionaria y nacionalista, encuentra allí su punto de partida y primordial antecedente.